

Bô Yin Râ

**POR QUÉ  
LLEVO MI NOMBRE**

Revisado en 2019

Título del original alemán: «Warum ich meinen Namen führe»

Traducción al español:

Carlos Morató & Eduardo Sanchez de la Fuente

Montevideo, año 1984,

sobre la no modificada versión del año 1927,  
editada por Kober Verlag AG, Berna – Suiza.

Revisión con respecto al original alemán:

Jan A. Schymura

Todos los derechos reservados.

He surgido de una familia totalmente alejada de los medios literarios.

Mis antepasados por la sangre eran, paisanos, guardabosques y artesanos rurales. Jamás escuché decir de alguno de ellos que la lectura de los libros hubiera estado en relación con su profesión.

De mi padre, no obstante, puedo afirmar que él leía de buena gana aunque no pudiera hallar la oportunidad sino luego de una dura labor corporal.

Era, no obstante una literatura muy *circunscrita* la que sometía a su atención. No le preocupaba el nombre del *autor* (salvo para los escritos de su caro *Alban Stolz* (cuyos «Voces para despertar» («Weckstimmen») releía siempre con gozo, los que eran para el pueblo católico) pero su primera mirada en un libro estaba como obligación dirigida al «imprimatur» episcopal que le era garantía de que el católico podía soportar su contenido sin peligro para su fe.

Así llegué yo mismo más allá de mis veinte años sin haber leído, fuera de mis libros escolares y de obras sobre anatomía, perspectiva, técnica pictórica y otros escritos del mismo género, ningún libro que no hubiera satisfecho a la censura de la Iglesia. Y hasta entonces me atenía escrupulosamente a la observancia de las prescripciones de la Iglesia, y me procuraba una *dispensa* ante el Ordinariato Arzobispal de Munich a fin de conocer desde entonces, con entera tranquilidad de conciencia, otra cosa de la literatura alemana, que el contenido de las antologías escolares. -

Debo hacer aquí lista de todo esto si quiero hacer inteligible lo que más tarde me aconteció cuando - obligado para con mi maestro espiritual y interiormente llevado a hacerlo - me arriesgué finalmente a tentar hacer público lo que podía aportar a mis semejantes. -

¡Esto no me fue fácil, por cierto!

Debía combatir en mí resistencias considerables antes de encontrarme por último listo para asumir la responsabilidad que, en mi opinión, todo aquel debe asumir quien difunde entre sus contemporáneos una frase de su composición por medio de la edición.

Solo el *nombre de autor* bajo el cual podía dar testimonio de lo que vivía espiritualmente, *jamás* fue objeto de una vacilación de mi parte. Desde el principio, tuve la certeza de que no podía permitirme hablar de mis experiencias *espirituales* bajo *el* nombre que nunca me pareció otra cosa que lo mas

exterior de mi vida exterior: - como una «etiqueta» por cierto necesaria desde el punto de vista de la práctica administrativa, pero *impropia* para *caracterizar* a su portador. -

Mi disciplina espiritual me había aportado concepciones muy diferentes de la esencia de un verdadero «nombre». Había aprendido por experiencia que se puede *progresar* de un «nombre» a otro, que ciertas letras pueden actuar a la manera de antenas espirituales en un «nombre» verdadero, y otras cosas más. Yo mismo había llevado como discípulo espiritual, «nombres» que me fue necesario ante todo «superar» para ser digno de *mi* nombre. Desde entonces no me conocí mas que en ese nombre, *mi* nombre, tanto y tan bien, que a veces, aunque no fuera más que durante una fracción de minuto, me era ante todo necesario *reflexionar*, preguntándome cómo, pues, podía yo llamarme *según el anuario de las direcciones*. Luego de esa época me fue imposible escribir el nombre y apellido: Joseph Schneiderfranken sin experimentar la ausencia total de conexión interior con mi persona . . .

Por otro lado, aún estaba bajo la influencia del hecho de que en todo el lapso de mi juventud, *solo* el *contenido* de un libro había tenido importancia para mí hasta el punto que la mayoría del tiempo, apenas había reparado en el nombre de su autor. Por este hecho yo no me concedía de ningún modo una importancia particular en calidad de autor y en lo posible aun hoy me esfuerzo por evitar que más allá de mis escritos recaiga un interés *personal* sobre mi persona.

En todas mis primeras publicaciones, reunidas al presente en el «Libro del Arte Real», pero que en la época fueron publicadas como pequeños ensayos, solo mencioné las iniciales B. Y. R., hasta que en el «Libro del Dios Viviente» que apareció hace ahora nueve años en su forma primera, me decidiese, cediendo en esto a los consejos de mi editor, a firmar el nombre con *todas las letras - pese* a su consonancia oriental - en lugar de atenerme a solo sus iniciales.

Sabía muy bien que muchas dificultades debían surgir de ello, y que - precisamente entre los hombres destinados *en primer lugar* a ser lectores de mis libros - hallaría la mayor desconfianza, en razón de ese nombre de consonancia asiática, susceptible de ser entendido como un «*seudónimo*» de elección. También preveía una *curiosidad* demasiado exacerbada, para que me fuesen evitadas las interrogantes sobre la «significación» de mi supuesto «seudónimo».

Pero como mi consejero en materia de edición no compartía de ningún modo estos temores, y que, por otra parte, podía con razón, extraer argumento de que un capítulo del «Libro del Dios Viviente» comporta *indicaciones extensas* sobre la naturaleza de los «nombres» espirituales, me remití

resueltamente, para terminar, a una suficiente confianza en la fuerza de juicio de mis lectores y vine a decirme que la *tenencia de los libros* bastaría para asentar su opinión en cuanto a la personalidad del autor: - que ellos no me creerían ciertamente capaz de hallar necesario presentarme bajo un seudónimo de apariencia extranjera, en una apoteosis de «fuego de bengala» . . .

Puedo, muy felizmente confirmar que esta confianza fue *justificada*, respecto a la *mayoría* de los lectores de mis libros.

*Junto a éstos*, no obstante, oí hablar, aquí y allá a gente que con una comprensible prevención se molestan por un nombre «exótico» creyéndose desde entonces con fundamento para renunciar a la *lectura* de mis escritos sin siquiera conocer una sola página de su contenido.

Otros aun, querrían tener una «traducción» clara y exacta del nombre.

En esto, no obstante, no puedo serle de ayuda sino diciendo a unos:

«¡Si te molestas por lo que escribo bajo *el* nombre bajo solamente el cual me *reconozco*, según la resonancia de los sonidos, y si este nombre presenta a tus oídos una consonancia demasiado exótica, entonces, en cuanto a mí, puedes llamarme con el nombre que desees, pero *lee* lo que he escrito *también para ti!*» - y los demás:

«¡Si es menester a todo precio «que pienses algo» a propósito de mi nombre, entonces ten paciencia hasta que puedas *captar* interiormente su *valor fonético* así como el músico capta los *valores sonoros* representados por las notas!»

En resumen, podría también comprenderse que yo me *hubiese* «nombrado» *Bô Yin Râ* por pura *adhesión* al Maestro espiritual que me dio ese nombre aunque estas tres sílabas me hubieran sido totalmente «extrañas» como lo parecían acaso a otros.

Dígase de una vez por todas que aquí no se trata de tres palabras que tienen un «sentido» cuyo misterio, en cierto modo podría escrutarse, aun si estas tres sílabas pertenecen a las raíces lingüísticas de un lenguaje antiguo, sino que ellas constituyen mi «nombre», él que me pertenece como entidad humana-espiritual, *por la única razón* de que su valor fonético corresponde a la *naturaleza de mi ser*, así como un grupo determinado de notas corresponde a un *acorde* determinado.

Todo esto me parece, a mí, tan límpido como el cristal, tan simple, y tan evidente en sí que pienso que un niño debería poder captar aquí aquello de que se trata . . .

Sin ninguna duda, sé también que la facultad de experimentar, con instinto seguro, el valor fonético de un idioma humano como valor *espiritualmente* condicionado, se ha perdido totalmente, por así decir, y que no es equivocado si se busca aquí la razón por la cual mi Maestro espiritual compuso mi «nombre» con tres sílabas radicales de una lengua oriental, cuando él hubiera podido constituirlo con ayuda de sílabas o palabras de mi lengua materna, lo que, en todo caso, hubiera aligerado mi tarea.

Se querrá bien, no obstante reconocerme el discernimiento necesario para saber que solo un necio ignorante de las reacciones del mundo podría ser bastante *torpe* para vestirse, en nuestros días con un seudónimo de consonancia extranjera, pero también debería juzgar por el *contenido* de mis libros que no se me puede achacar la *deslealtad* que implicaría de mi parte la elección de un «seudónimo» tal que pudiera despertar la apariencia según la cual yo sería un hombre originario de un país lejano.

Para concluir, no obstante, me falta decir que la manera en que yo mismo tenía el hábito, en mi juventud, de leer los libros, y que consistía en preocuparme tan poco del autor, y tanto más del *contenido*, no parece haber sido del todo tan malo.

¡Desde el fondo del corazón, no puedo aspirar para mis libros, otra cosa que hallar tales lectores!

Finalmente, el *contenido* de un libro, y su influencia sobre el alma del lector, es por cierto, también, el fundamento más seguro en cuanto al juicio a llevar sobre el autor. -

\*